



ORGANO DEL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPAÑOL Y PORTA VOZ DE LA U. G. T.

DUELO NACIONAL

HA MUERTO FERNANDO DE LOS RÍOS

SEMBLANZA

Fernando de los Ríos

por Indalecio Prieto

EN Nueva York, donde residía desde 1939, desde que, derrumbada la República española, cesó de Embajador en Washington, ha fallecido Fernando de los Ríos. Murió el 31 de Mayo, pero sus correligionarios y amigos no conta-

berdad económica completa y que, por tanto, es el socialismo la fórmula suprema del liberalismo. De ahí el tremendo desencanto de nuestro amigo cuando oyó en Moscú aquella frase despectiva que, conversando con él, pronunciaría Lenin a raíz de triun-

caridad — cristiano que no la practique preferentemente, sólo es cristiano de apodo- me manaba un exquisito respeto por vivos y muertos. Nunca le vimos tan indignado que contra los embalsamadores de una funeraria de Nueva York por el trato que die-

Ultimamente estaba incorporado a un centro de estudios de Nueva York. Sus dos grandes pasiones fueron el magisterio y la política, acaso más el primero que el segundo, pues si nunca le falló el amor por la enseñanza, en ocasiones, aunque pasajeras, le produjo hastio la política. Llevaba a España dentro del corazón y muy dentro, donde le dolía a don Miguel de Unamuno, dolía también a él. Por eso sentía desgarrada el alma ante la espantosa ruina patria. Admirando la variedad regional española, ufanábase de la mixtura que en él producían su ascendencia paterna, de solera andaluza, y su línea materna, de origen vasco, acreditado en el segundo apellido: Urruti. A español tan genuino y acentrado que infamaría la prensa de Franco, atribuyéndole zafiedades contra su patria y su idioma en conversación sostenida en un restaurante cuando llevaba ya cerca de un año en cama, sin poder moverse ni hablar. El último discurso que le oímos en Méjico, a comienzos de 1945, durante una sesión de las Cortes de la República española, donde con verbo magisterioso, descolante sobre voces médicas y con el vigor de una recta y maciza figura moral, ante la cual otras aparcian huecas y canijas, convirtió en acto vibrante y solemne lo que iba desarrollándose desmayada y chabacana.



Fernando de los Ríos, a su paso por Toulouse, en marzo de 1946, cuando era Ministro de Estado de la República Española.

«Hemos con él, con sus lecciones y consejos, desde hace casi un año y medio. En Enero de 1948, don Fernando, como cariñosamente se le llamaba, enfermó y, al enfermar, nobióse su luminosa inteligencia y se apagó su brillante palabra. La arteriosclerosis le embolió el cerebro, privándole del habla. La espantosa agoría, parecía inacabable. Dos mujeres abnegadas, Gloria, su esposa, y Laura, su hija, asistieron heroicamente al enfermo, sin darse reposo, a lo largo de diez y siete meses, mientras otra mujer, casi centenaria, doña Fernanda, su madre, asistía dolorida e impotente a aquella lucha terrible y sin esperanza contra la muerte, que, además de implacable, mostrábase cruel y sádica. Fernando de los Ríos significaba en el Partido Socialista Obrero Español la continuidad de una aportación intelectual señalada primeramente por Jaime Vera y después por Julian Besteiro, una aportación generosa y valiosísima, prestada por grandes figuras universitarias que ofrecieron el feroz de su cultura a muchedumbres obreras ansiosas de redimirse, una aportación de hombres que lo dan todo a cambio de nada, como no sea el respeto, vestido de devoción, que ganan en el corazón de las masas proletarias. En ellos se clavaban más enojadamente que en nadie los dardos de la burguesía que, tomando al profesorado por fámulo incondicional, los hace blanco preferente de su agresividad. Así, Fernando de los Ríos, en Granada, en cuya Universidad profesaba, vivió desvanecerse, apenas se hubo afiliado al Partido Socialista, la aureola de admiración con que le nimaban las clases pudientes. La admiración trocóse en odio, porque Fernando de los Ríos no se limitaba a teorizar académicamente sobre las doctrinas que había abrazado, sino que, mezclándose con los trabajadores en las Casas del Pueblo, dirigía sus luchas y aceptaba ser abanderado de ellos en contiendas electorales, de las que salía triunfante. El voto de los obreros granadinos, que posteriormente le otorgaron también su representación parlamentaria, le llevó por vez primera al Congreso en 1939.

far los bolcheviques: «Libertad, ¿para qué?». Para Fernando la libertad lo era todo; para Lenin, nada. Luego el régimen que se implantaba en Rusia no podía ser verdaderamente socialista. Treinta y dos años de dictadura de un partido, treinta y dos años de tiranía, treinta y dos años de terror lo han demostrado plenamente. De los Ríos, que divulgando y comentando aquella frase la hizo célebre, tenía razón. Orador de elocuencia natural, de los que nacen y no se hacen, había ido disciplinándose diariamente en la cátedra, hasta lograr que una expresión justa, precisa, nítida, realzara la belleza de su decir, entre el cual asomaban frecuentemente giros clásicos. No desdeñaba la metáfora, pero empleándola de modo que, lejos de difuminar ideas, las presentase dentro de contornos nítidos. Despojado de pomposas ociosas, si bien inspirado por rica fantasía, Fernando de los Ríos lograba en sus discursos una alación de las formas exuberantes del tribuno del siglo XIX y las concisas del orador del siglo XX. Amante de la estética, obsesionalmente de tal modo la arquitectura de sus oraciones, hubieran de pronunciarse ante asambleas selectas o ante muchedumbres indoctas, que el trazarlas le ponía en vigilia. No le preocupaba lo que iba a decir, sino cómo iba a decirlo. Su pensamiento sólido le liberaba de aquella preocupación, pero su temperamento artístico le imponía ésta. Era un espíritu religioso, en la acepción más amplia y más noble del adjetivo. Su religiosidad tenía por musa la tolerancia, de que constituyó ejemplo su propio hogar. Ferrovosa católica la madre, el hijo la acompañaba siempre hasta el templo, esperando fuera a que concluyeran los oficios para volver con ella a casa. Así y hasta hace dos años, mientras doña Fernanda pudo andar, veíase a madre e hijo las mañanas dominicales ir lentamente por el River Side neoyorquino hacia el próximo templo católico, tocada ella con mantilla española y llevando entre las manos el rosario y el devocionario. Cuando nuestro amigo, para legalizar su residencia definitiva en los Estados Unidos, hubo de declarar, en cumplimiento de la ley, sus creencias religiosas, no estampó la palabra «ninguna». En la casilla correspondiente escribió «Cristiano ortodoxo». Se sentía cristiano, aunque no católico, apostólico, romano. Erasmo influyó más que nadie en la formación de su conciencia religiosa. De su cristianismo, impregnado de

ron al cadáver de su consuegro, don Federico García, padre del poeta García Lorca, asesinado por los fascistas en Granada. Fernando de los Ríos, con Francisco Caballero y conmigo, formó parte, en representación del Partido Socialista, del Comité revolucionario que, constituido el 17 de Agosto de 1939, se convirtió en Gobierno provisional de la República el 14 de Abril de 1941. Desempeñó los ministerios de Justicia, Instrucción pública y Estado. La insurrección de 1936 le sorprendió ausente de España. Apresuró a ponerse a disposición del Gobierno, quien, tras haber utilizado en París su gran amistad con personalidades eminentes de la política francesa, le envió de Embajador a Washington.

LA triste noticia de la muerte de Don Fernando de los Ríos, que tanto nos ha afligido a todos, me llega justamente cuando estaba leyendo un libro suyo, que acaba de publicarse en Buenos Aires. Es un libro consagrado a su tío y padre espiritual, Don Francisco Giner de los Ríos. Aunque el libro acaba de publicarse, lo que he escrito Don Fernando, es decir, la Introducción, data de 1945. Y según me confesó el propio Don Fernando cuando estubo, por última vez, en Francia, en 1946, lo fundamental de esa Introducción, puede encontrarse en el estudio que sobre Don Francisco escribió hace años, y que el Ateneo de Madrid coronó, concediéndole el codiciado «Premio Chicharro». En esa Introducción, cuando habla de aquel «viejo alegría de la vida santa», que él hijo Machado, como cuando habla de sus inquietudes, de sus concepciones filosóficas, de aquel maravilloso microcosmos que era la «Institución Libre de Enseñanza», de la portentosa influencia moral ejercida en la renovación de la vida española, y del prodigioso magisterio espiritual profesado, cuyos efectos se dejaron sentir en amigos y extraños, hasta en los más perdidos lugares de España, Don Fernando se refiere a sí mismo, en sus ocupaciones religiosas, que profundamente esclarecidas; sus concepciones políticas, económicas y sociales, quedan plenamente perfiladas; su magnífica vocación pedagógica, queda espléndidamente exaltada. Y su humanismo, aquel humanismo tan español, tan realmente español, y al mismo tiempo tan universal, con su esencialismo pasión por lo ético, perfuma todo su escrito, como perfumó toda su vida. En lo que dice de Don Francisco, está esencialmente todo Don Fernando. Ello es posible, no sólo a virtud de un proceso de imitación inconsciente, sino porque en Don Fernando se hizo carne gran parte de lo que fue Don Francisco.

Nuestro Don Fernando, en Instrucción Pública

por Rodolfo Llopi

leve sonrisa. Mas pronto volvieron a desvitalizarse sus ojos y sus labios. Es la última vez que lo han visto sonreír. Es la última vez que han visto brillar sus ojos. La llama que fué Don Fernando — llama que iluminaba sin quemar — se había apagado, convirtiéndose en cenizas. Y el rescoldo que todavía cubrían aquellas cenizas, solo volvió a calentarse con la presencia de Don Francisco. La presencia de Don Francisco evocaba en él, despertándola, toda la vida fecunda, hecha de

bro y artículos de revistas. Paseábamos juntos los domingos. Durante una semana estuvimos viviendo en un pueblo de la sierra estudiando su vida. Les organicé una gran excursión durante las vacaciones de Navidad, y los llevé a Madrid, Aranjuez, Toledo, El Escorial y Avila. Puse en todo ello mi entusiasmo de neófito. Sin embargo, sin embargo, no me sentía satisfecho. Comparaba mis ilusiones, mis esperanzas del primer día con los resultados obtenidos al terminar el tur-

mora, formado el Segundo Ministerio Azana, Don Fernando pasó del Ministerio de Justicia al de Instrucción Pública. Era el mes de diciembre de 1931. Yo, llevaba ya ocho meses en la Dirección General de Primera Enseñanza, trabajando con Marcelino Domingo. Al lado de Don Fernando, continué, colaborando con él hasta el 28 de abril de 1933 en que entró en vigor la absurda Ley de incompatibilidades que todos vosotros, creyendo de ese modo, desarmar la infuerosa campaña de-



Fernando de los Ríos, a su paso por Toulouse, en marzo de 1946, cuando era Ministro de Estado de la República Española.

El libro en cuestión se publica cuando ya Don Fernando, aun existiendo todavía, había dejado de vivir. Desde hacía más de un año, el pobre solo existía mecánicamente, pues ni siquiera lograba concenir, ni reconocer nada ni a nadie. Su amantísima compañera, nuestra Doña Gloria Giner, le llevó un ejemplar del libro y se lo puso entre sus ya torpes manos. Dicen que lo acarició. Las dos fotografías de la cubierta — la suya y la de Don Francisco — iluminaron de nuevo, tenuamente, su mirada. Y en sus labios mortecinos asomó una

«labores y esperanzas» de nuestro Don Fernando. ERA yo Profesor de la Escuela Normal de Maestros de Cuenca. Cuando terminé mi primer curso escolar, hice examen de conciencia. Recapitulé mi actividad pedagógica. Creía haber dado a la clase, a mis alumnos, a mi profesión, todo cuanto había de mejor en mí. Me había esforzado preparando cuidadosamente las lecciones. Llevaba mi diario de clase con meticulosidad. Introduje no pocas innovaciones en la vida docente de aquella Normal, gracias a la bondad de mis compañeros. Renové la biblioteca. Conversaba, a menudo, con los alumnos. Los sábados, por la tarde, nos reuníamos para comentar, libremente, li-

so, y la desproporción me parecía grandísima. Me sentía fracasado. Vocación, no me faltaba pero notaba, en cambio, que me faltaba preparación. Me revolví entonces, intuitivamente, contra mis profesores, contra los tribunales que me habían otorgado unos títulos y un nombramiento. Con ellos, cierto, podía acreditar mi nómina todos los meses. Pero ante mi conciencia me consideré vencido. Había fracasado como Profesor. Fue con ese problema moral al Sr. Cossío. Me confesé con él en aquella salida inolvidable de la Institución, presidida por un magnífico retrato de Sorolla, dominada, sobre todo, por el recuerdo siempre vivo de Don Francisco. El Sr. Cossío me escuchó como él sabía escuchar a los jóvenes. Y el Sr. Cossío, con aquella bondad, con aquel arte exquisito, sencillo y profundo, con que sabía administrar el santo sacramento de la palabra, me fue rebatiendo uno a uno todos mis legítimos escrúpulos, animándome, alentándome, convencándome de los frutos de la obra pedagógica no se pueden recoger al día siguiente. Estábamos en el momento más interesante de nuestra conversación, cuando llegó Don Fernando. Entero de mi confesión, se entregó él también a la tarea de tranquilizar mi conciencia. Y lo hacía con tal delicia, que claramente advertí, como pude comprobar más tarde, que la auténtica vocación de Don Fernando, no estaba tanto en la cátedra — y en ella era magnífica — como en la conversación. En la conversación con los jóvenes, para suscribir en ellos un mundo insospechado, para descubrirles horizontes, para deslumbrarles su conciencia. También Don Fernando sabía, gozándose en ello, administrar el santo sacramento de la palabra. Mi conciencia quedó tranquila. La crisis moral había pasado. Volví a sentirme capaz de las mayores empresas pedagógicas. Como grande bien me hicieron aquel día! Desde aquel día, él, en Granada, yo, en Cuenca o en Madrid, no me faltó jamás su consejo. Como no me faltó nunca el del Sr. Cossío. Desde aquel día, aun perteneciendo a los dos, Don Fernando y yo, al mismo Partido, y aun perteneciendo los dos al mismo Sindicato — a la modestísima Asociación general de Maestros — que los dos hemos presidido — para mí, el compañero de los Ríos, ha sido siempre Don Fernando.

magógica de la reacción. Cumplo lo que el Partido decidió en un Congreso de Diputado, estando ya, como consiguiente, en la Dirección general. Durante diez y seis meses, he tenido el honor de trabajar en perfecta, total intimidad con Don Fernando, secundándole con entusiasmo en la inmensa labor pedagógica que realizó en el Ministerio de Instrucción Pública. Nadie mejor preparado que él para lo que había de hacer desde aquel Departamento. El habla redactado en el Comité revolucionario el programa pedagógico que debía realizar el Gobierno provisional, programa que, en su día, tuvo la bondad de consultarme. El habla, seguido, paso a paso, la elaboración de los artículos con substancia pedagógica incorporados a la Constitución. El conocía como nadie lo que se hacía en el resto del mundo, en muchas de cuyas Universidades había estudiado o profesado. Como sabía lo que necesitaba España.

«Tal vez en esta hora grave para el mundo, y especialmente para la evolución histórica de España — nos dijo cierto día Don Fernando — convenga que expliquemos, quienes tenemos la responsabilidad de Gobierno, la actuación que debe tener el Estado en el aspecto particular cuya dirección nos concierne. Postulado el sentido orgánico de la cultura, importa al mundo moderno, si ha de superar la etapa que va del siglo XVI al XX en que el primado ha correspondido a la razón, traer a unidad saber y deber. Durante la época que termina, la disociación entre ambos ha ido agrandando; y la gran política pedagógica moderna ha de buscar un connubio entre saber y deber, a fin de que la cultura avance con igual ritmo en nobleza interna y en conocimiento. Una gran política pedagógica no puede satisfacerse con formar profesionales, sino que la preparación básica ha de consistir en hacer hombres. El Ingeniero, el Arquitecto, el obrero cualificado o el Profesor, necesitan ser sensibles a los valores espirituales, universales, en que está inmerso el ambiente de su época. Necesitan educar su sensibilidad, ponerse internamente en condiciones de gozar y apeteer el goce que destila un gran ensayo, una poesía exquisita, una bella sonata, un cuadro, una estatua; y, recíprocamente, sentirse atraído, desde dentro, por los grandes descubrimientos de la Química o de la Mecánica. De aquí las consecuencias para la política

TRIPTICO

Fernando de los Ríos Urruti

por Andrés Saborit

EL POLITICO EN 1912 fue elegido Presidente de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas, cargo que entonces llevaba anexo la dirección de «Renovación», que como Secretario general venía redactando, bajo la Presidencia de Fermín Blázquez. Al salir de la Cárcel Modelo de Madrid, y tomar posesión de mi nuevo puesto en la Federación, propuse la realización de una campaña de propaganda para crear Juventudes y Grupos Femeninos por Levante y Andalucía. Fue Virginia González la compañera designada, conmigo, para recorrer ambas regiones, y fué entonces, por primera vez, cuando conocí a Fernando de los Ríos, al visitar Granada y Motril, donde existían dos esquitos juveniles, con los que manteníamos relaciones oficiales desde Madrid. El mitin celebrado en Motril fué accidentado. La guardia civil nos expulsó, apenas apeados de una diligencia que nos había costado, desde la capital, doce horas en llegar. Volvimos, con autorización del gobernador civil; pero entonces, ya yo enferma, Virginia, quien habló, a pesar de la fiebre que la devoraba, rodeada entre mantas y en medio de constantes aclamaciones. El acto de Granada estuvo organizado por un hombre benemérito, gran amigo ya entonces de Fernando de los

Ríos, devoto de Pablo Iglesias, Manuel Yudes, alma durante cerca de veinte años de la pobre y misérrima Agrupación Socialista granadina. Hablamos en un Centro Obrero de predominio anarquista. Granada, había tenido, como el resto de Andalucía, preferencia descolante en favor del anarquismo, conjugado con el republicanism de Leonardo Rodríguez, diputado de Unión Republicana, salmeriano y con fuerte arraigo en las masas obreras. Virginia y yo fuimos presentados a Fernando de los Ríos, Catedrático de aquella Universidad; visitamos su hogar, y pudimos apreciar el hondo afecto que había de llegar a tener entre los campesinos de la Vega granadina aquel hombre excepcionalmente simpático y sugestionador. Pero Yudes, como Pablo Iglesias, como nosotros dos, sentimos cierto recelo ante la definitiva orientación política que aquel profesor pudiera adoptar. Como Unamuno en Sala-

manca, Fernando de los Ríos era el consejero ideal de todos los obreros granadinos. Nosotros habíamos deseado que lo fuera ya desde entonces de los de la Unión General y del Partido Socialista. Su formación espiritual, sus relaciones con los republicanos, sus convicciones más íntimas, su propio decoro político, su siempre respetuoso de sus vacilaciones doctrinales, le retraían de una afiliación que habría de sujetarle a una disciplina demasiado rígida. Eran los años de la Conjunción Republicano-Socialista. Pablo Iglesias estuvo en Granada, en unión de los diputados republicanos de mayor significación. Las ideas socialistas se abrían paso, aunque lenta y dificultosamente. Yudes presentaba en las oficinas del Gobierno civil reglamentos de Sociedades de Agricultores y de Oficios varios, que se afiliaban, no siempre ni por mucho tiempo, a la Unión General.

Y surgió la huelga de Agosto de 1917, con cuyo movimiento simpatizaría, de s de fuera, Fernando de los Ríos, y cuyas consecuencias de llevar hacia nuestras filas, en Granada, como en toda España, renació el movimiento obrero. Triunfaron concejales socialistas y obreros por muchos pueblos. El caciquismo conservador granadino se enfureció. Los liberales de la provincia, uno de cuyos fósiles, Natalio Rivas, vive aun, se alimentaban de los residuos políticos del datismo, escarneando los ideales en nombre de los cuales pretendían encumbrarse. El republicanism languidecía. Y Fernando de los Ríos, en 1919, simbolizó un movimiento anticaciquil sencillamente arrollador. No fué elegido diputado en aquellas Cortes, en las que vencimos los cuatro hombres del Comité de Huelga, con Iglesias y Prieto. No era afiliado aún. Era socialista independiente, era el abanderado de una clase, sin que él pretendiera dar ese carácter a su actuación. En las Cortes de 1920 Fernando de los Ríos resultó elegido diputado. Había luchado solo y había sido incluido en todas las candidaturas. El caciquismo no pudo impedir su victoria. Hubo sangrientos sucesos entre la fuerza pública y los estudiantes, que colaboraban con los obreros. El movimiento ya no era de clase, sino general, anticaciquil, relacionado en la pág. 6

El pésame del Partido

GLORIA GINER, NEW YORK
PARTIDO SOCIALISTA IDENTIFICASE PROFUNDO DOLOR USTEDES, LLORANDO IRREPARABLE PERDIDA INSIGNE COMPANERO. ESPAÑA ENTERA HONRARA MAÑANA QUIEN FUE SU GRAN QUA ESPIRITUAL.
LLOPIS, SECRETARIO.

VOTADA la Constitución, elegido Presidente de la República el Sr. Alcalá Za-
Continúa en la pág. 6

Casos y cosas

La prensa de Franco ha publicado la noticia del regreso a Madrid de D. Andrés Moreno, Director General del Banco Hispano-Americano...

Ha salido de Madrid el argentino, sin despedirse oficialmente de nadie, el embajador argentino, Arévalo...

Si se confirma que ha sido Franco quien ha rechazado los motores que Polonia quiso venderle para su aviación militar...

Se anuncia la constitución de una Internacional de Intelectuales. Tendrá carácter sindical...

Los conservadores de Finlandia se están cansando de tener un Gobierno socialista homogéneo en el país...

Ha empezado la conferencia anual del Partido Laborista en la Gran Bretaña...

Francisco ha estado en Barcelona, y a las pocas horas de llegar, estalló una bomba en plena Plaza de Cataluña...

Los soviéticos armaron un barullo internacional contra Inglaterra, con motivo de la detención, a bordo de un barco polaco...

En un campo de concentración, los presos hicieron fiesta el día Primero de Mayo...

A Franco se las dan todas en el mismo sitio...

El día 2 de junio, en una conferencia de Prensa, el Presidente Truman dijo a los periodistas...

TRIPTICO
Fernando de los Ríos Urruti
por Andrés SABORIT

diminuyendo de modo irrevocable, pasaría en mi casa de París un día casi entero...

EL PENSADOR
FERNANDO de los Ríos hizo sus estudios de segunda enseñanza en Córdoba...

De los 25 a los 30 años fue alumno de la Sorbona, de París, y de la Universidad de Londres...

En 1911, por oposición, consiguió la Cátedra de Derecho político de la Universidad de Granada...

Fue socio del Ateneo de Madrid, a cuya Junta directiva perteneció...

En 1921, no pudiendo publicar sino una pobre hoja, con dos planas...

EXALTACIÓN Y CRISIS DEL ESTADO
Guía del Derecho constitucional en España en el siglo XIX...

TALIDAD PARA EL CIUDADANO
No sólo no rehuyo en la obra la invocación de lo humano...

EL HOMBRE
DESCENDIENTE del político liberal D. Antonio de los Ríos Rosas...

MI VIAJE A LA RUSIA SOVIETISTA
FERNANDO DE LOS RÍOS
CATEDRÁTICO DE DERECHO POLÍTICO EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
SEGUNDA EDICIÓN REVISADA Y AMPLIADA

Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza...

Entre los recuerdos de su infancia, que alguna vez ha contado Fernando...

Como homenaje debido a su memoria, como respeto que rindo a convicciones que no son las mías...

tos para completar sus conocimientos y trabajar amistades selectas...

Siempre que terminaba una conferencia en los Centros obreros...

Estas palabras están hechas en Granada, mayo, 1936.

Entre los recuerdos de su infancia, que alguna vez ha contado Fernando...

Como homenaje debido a su memoria, como respeto que rindo a convicciones que no son las mías...

Entre los recuerdos de su infancia, que alguna vez ha contado Fernando...

Como homenaje debido a su memoria, como respeto que rindo a convicciones que no son las mías...

En este discurso cultísimo la unanimidad clamorosa de la Cámara...

Con la experiencia de este viaje hizo una Memoria, que sirvió de base de discusión al Congreso extraordinario del Partido...

Para Fernando de los Ríos la libertad lo era todo...

Entre los recuerdos de su infancia, que alguna vez ha contado Fernando...

Como homenaje debido a su memoria, como respeto que rindo a convicciones que no son las mías...

Entre los recuerdos de su infancia, que alguna vez ha contado Fernando...

formista, pueda seguirse juzgando sobre la tesis política de Marx...

Fernando de los Ríos creía en el hombre. Y amaba a España. En el hombre, no como trabajador, no como traidor...

Conflicto diplomático

Hay actualmente entre Colombia y el Perú un conflicto diplomático pendiente de arreglo...

Para Fernando de los Ríos la libertad lo era todo. Para nosotros, también...

Hay que limpiar la casa

El diputado comunista socialista, Longuet, Louis Pro, ha salido del partido...